



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Sr. Administrador del Cádiz, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, num. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma
Herrador, 8.

AÑO II.

20 de Marzo 1878.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado . . . 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. . . 25 »
En Cuba, Pto Rico, extranjero y republicas
americanas, semestre anticipado, en oro. 20 »

NÚM. 32

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

SUMARIO.

GRABADO: El campamento de Châlons.

TEXTO: Crónica mensual, por A. BORREGO.—El porvenir de Cádiz, por &c. &c.—*Poesías*: La barquera pálida, por BENITO MAS Y PRAT.—En el álbum de Carmen, por MANUEL G. RENTERO.—Contrastes, por JUAN JOSÉ JAU-MEANDREU.—En el álbum de Catalinita Carreras, por JUAN VILA Y BLANCO.—A ella, por M. DE LARRA.—Luz y sombra, por FERNANDO ARAUJO.—Explicación del grabado.—La Esperanza, por EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.—Los poetas, por FEDERICO GARCIA CABALLERO.—Cultivo de la memoria, por ANDRÉS CASSARD.—La vision, por el DR. LOPEZ DE LA VEGA.—Noticias.—Problema de ajedrez.—Limosna del CÁDIZ.—Anuncios.

CRÓNICA MENSUAL.

Aunque previstos, y por consiguiente descontados los hechos acaecidos desde la fecha de mi última reseña, entrañan bastante importancia para dar lugar a serias consideraciones.

La gravedad que revisten las condiciones de la paz impuesta a Turquía por sus vencedores, si preocupa al público que en ellas vé motivo y ocasión para complicaciones europeas, si trae perplejos a los gabinetes que se hallan ligados por pactos y estipulaciones con Rusia, no ha podido, sin embargo, sorprender a los hombres reflexivos que han seguido con atención las faces que ha ido tomando la cuestión de Oriente, y menos que a nadie podía sorprender a los lectores del CÁDIZ, informados desde que comenzó la guerra de cuáles serían sus consecuencias, si los gabinetes a los que no podrían menos de afectar las alteraciones que debiese sufrir el tratado de París de 1856, no se ponían con tiempo de acuerdo a fin de no verse prevenidos y embarazados ante hechos consumados de difícil reparación.

Para tanto más de temer permitir que la Rusia midiese sus armas con la degenerada raza otomana, cuanto que el pretexto de que se valía, la protección de que se hacía gala en favor de los cristianos, le permitía efectuar la conquista moral de los vasallos del Sultan, a la que lógica é históricamente no podía mé-

nos de seguirse la extensión de su poder sobre las poblaciones libertadas por sus armas.

El error que cometía la diplomacia era tanto más de bulto, cuanto el amparo que las potencias occidentales habían dispensado a Turquía para que no hubiese sido tratada mucho tiempo antes como acaba de serlo ahora, reconocía por causa obtener de ella, en cambio de la protección dispensada, garantías y franquicias en favor de los cristianos. La guerra de Crimea y la paz de 1856, presentó la ocasión propicia para haber logrado el doble resultado buscado en aquella guerra, el abatimiento del predominio ruso en Oriente y la emancipación administrativa de las poblaciones cristianas. El primero de estos dos objetos lo habían realizado suficientemente las estipulaciones del tratado de París respecto al mar Negro y a la independencia de la Rumania, pero nada de eficaz se hizo relativamente al segundo punto, no obstante lo fácil que habría sido hermanar la independencia de la Turquía, con las reformas reclamadas por la precaria y chocante situación de los cristianos en Oriente. Habría bastado para ello concentrar la esparramada población turca de la Bulgaria, de la Bosnia, de la Herzegovina, de la Tesalia y del Epiro en el territorio de Rumelia, principalmente habitados por turcos de raza, habiendo indemnizado a los propietarios que mudaban de domicilio, y coetáneamente con esta medida radical al mismo tiempo que conciliadora, haber decretado la autonomía administrativa de las provincias exclusivamente pobladas por cristianos, sujetos a la soberanía de la Puerta y pagándole tributo. El Imperio turco como entidad política, quedaba en pie, formando una federación de Estados, con Constantinopla por capital y por soberano el Gran señor. Emancipados por la Europa occidental los cristianos, habrían bendecido la alianza anglo-francesa, de un ascendiente que ninguna otra potencia se atrevía a disputarle y la Rusia, relegada a sus estepas, habría en adelante sido para los cristianos del Oriente un temor, en vez de una esperanza.

Una solución análoga a lo que acabo de indicar fue en 1855, antes de que terminase la guerra de Crimea, ampliamente discutida y expuesta en un libro titulado *La guerra de Oriente*, estudio que si tuvo en su favor haber sido una reflexiva inspiración de lo que aconsejaban los intereses bien entendidos de la humanidad, de la civilización y del equilibrio del poder entre las naciones, no tuvo éxito, ni fijó la atención de los estadistas, en cuyas manos se hallaba haber conjurado el peligro que actualmente amenaza la paz del mundo, y tal vez la independencia de la Europa continental.

Me he extendido demasiado en las consideraciones retrospectivas que acabo de apuntar, para detenerme a enumerar la clase de peligros de que se halla preñada la especie de carta blanca que las aberraciones del segundo imperio frances y la imprevisora y tímida política del gabinete Gladstone prepararon en primer término a la Rusia en 1870 y 71, y que completarian

las estipulaciones del tratado de San Stephano, si la Europa llega a darles su sanción.

La complicidad que la opinión atribuye al Príncipe de Bismark en el desenfado con que Rusia ha procedido, haciendo desaparecer a su provecho el Imperio turco como potencia independiente, se explicaría si habiéndose entendido el gabinete de Berlín con el de Viena al mismo tiempo que lo hiciera con el de San Petersburgo, hubiese hecho aceptar a Austria compensaciones en la cuenca del Danubio bastante tentadoras para que se desprendiera de territorio alemán que conserva. Pero si, como parecen indicarlo los temores del gabinete austriaco, semejante acuerdo no existe, no serían descabelladas las apreciaciones del corresponsal en París de *El Siglo Futuro*, vaticinadoras de la especie de suicidio de que acusa al gran canceller, cerrando los ojos ante las eventualidades con que el desbordamiento moscovita amenaza a Europa.

De todos modos es incuestionable que lo que falta a Rusia de poder material, siendo el que ostenta más deslumbrador y aparente que positivo y real, le sobra de habilidad y maña para encubrir lo duro y repugnante de su supremacía y buscar abogados y defensores entre publicistas de la escuela liberal. Años hace que el gabinete de San Petersburgo supo atraer al servicio de su política a uno de los más afamados periodistas de Francia. En Inglaterra, empresa más difícil, también ha logrado encontrar defensores, que no es de extrañar cuente en Italia; y llevando su penetrante mirada y sus artes seductoras más acá de los Pirineos, justo es reconocer que ha sabido atraerse las simpatías de aquel de los órganos de nuestra prensa periódica escrito con más habilidad é intención.

Bastante dejó dicho acerca de la cuestión batallona de la política exterior, para dejar de dedicar el espacio de que aún puedo disponer en dar una ojeada a los demás asuntos de interés general.

Muy de desear sería que la caprichosa excursión de nuestros estudiantes fuese origen bastante para realizar una vez más en la historia del mundo el fenómeno de los grandes acontecimientos hijos de pequeñas causas. Muchos males nos ha traído la vecindad de la Francia. El reinado de Luis XIV nos fué funesto. Su revolución de 1809, sólo nos produjo inmensos males. Napoleon I inició la época que nos privó del carácter de potencia de primer orden, que conservábamos en medio de nuestra decadencia, interin no perdimos nuestro vasto imperio colonial. A la misma guerra de 1823, debimos la negra reacción de 1824 y años siguientes y el falseamiento de la cuádruple alianza en 1834 por el gobierno de Luis Felipe hizo durar la primera guerra civil cuatro años más del término que habría tenido sin las connivencias carlistas del gobierno francés. Pero todos estos agravios podemos olvidarlos, si cuando la Francia, en la especie de tutela en la que durante dos siglos nos ha tenido, renuncia a que seamos su satélite, nos deja vivir de nuestra propia vida y se impone como un ineludible deber que su

frontera deje de ser la base de operaciones, el almacén y el arsenal de los partidos que se levantan en armas contra el gobierno establecido en España, sea este el que sea.

En cambio de tal servicio, nuestra amistad valdría á la Francia el no tener que ocuparse de la defensa de su frontera meridional, el estar segura de no hallarnos entre los futuros enemigos de su grandeza, de contar con las simpatías de un pueblo amigo y leal.

La entusiasta acogida que en París han tenido nuestros estudiantes, las demostraciones de reconocimiento que por ello debemos á nuestros vecinos, podrían haber echado los cimientos de una confraternidad que en nada mengüe la independencia de las dos naciones.

Nuestra política interior no presenta afortunadamente ningún síntoma alarmante, sin que por ello debamos ver la situación del país de color de rosa. La división de los ánimos es la misma en que nos hallábamos antes de la restauración. La indiferencia de la mayoría de los ciudadanos respecto á tomar parte en la cosa pública, priva al gobierno representativo de su sinceridad. Las necesidades del Tesoro son superiores á sus recursos. Experimentamos, como no podía menos de suceder, el vacío; el peso que nos han legado los sacrificios impuestos por tanta guerra civil. Participamos de los efectos de la parálisis industrial que aqueja á la industria de otras naciones. Nuestras condiciones climatológicas, la sequía que aqueja nuestros campos, engendran penuria, y de todas y de cada una de estas causas se prevalecen los partidos haciendo cargos al gobierno, además de sus propias faltas con inconvenientes hijos de causas generales.

De presumir es que de este estado de malestar, real en parte y en parte inevitable ó imaginario, se resienta la legislación que acaba de abrirse. En ella presenta el gobierno leyes tan importantes como la electoral, la de imprenta, la de reuniones públicas. ¿Prevalecerá en su confección aquel acierto, aquel tino, aquel espíritu de prudente conciliación que fuera tan de desear, para ir calmando las pasiones y acercando las distancias? ¿De qué servirá promulgar leyes reguladoras de los derechos consignados en la Constitución, si sus disposiciones no llenan lo que requiere la satisfacción de las necesidades morales, á las que tienen por objeto proveer? ¿Podremos esperar que en materia de leyes orgánicas, sin por ello cerrar los ojos á los procedimientos que recomienda el ejemplo de otras naciones, empecen nuestros legisladores á separarse de la rutina de copiar la legislación francesa?

No soy yo de los que jamás opinaron que el gobierno quede desarmado ante los partidos, ni bajo pretexto de principios abstractamente buenos, no se tenga en cuenta la aptitud del país y sus costumbres, prodigando franquicias de las que no sepan ó no quieran los ciudadanos hacer uso. Pero que al menos, en la medida de lo necesario y de lo posible haya verdad y sinceridad. Entre una prensa llamada libre á la manera que lo estuvo en tiempo de D. Amadeo, y una legislación que no permita escribir nada de lo que desagrada al gobierno, existe la diferencia que sabrán apreciar los hombres imparciales y rectos.

El proyecto de ley de reuniones públicas, que no analizaré, porque lo he leído muy rápidamente, dice en sus primeros artículos, que los ciudadanos podrán reunirse con solo dar conocimiento á la autoridad del objeto como del sitio de la convocatoria. Hecha esta concesión, procedente y legítimo sería que el gobierno posea la facultad de disolver aquellas reuniones que puedan dar lugar á que se turbe el orden público, ó á dar escándalos. Pero el introducir la cláusula de que á ellas asista un empleado de policía, á cuyo peculiar discernimiento se infiere el derecho de disolverlas *ipso facto*, tal vez por haber oído una expresión que le pareciese mal sonante, es una imitación, es la copia del decreto de Napoleón III cuando, *in articulo mortis*, quiso aparecer liberal. Si al país no se le considera bastante educado políticamente para poner en práctica el precepto constitucional, suspéndase en buen hora su ejercicio, pero si se concede, que haya sinceridad en la medida en que se otorgue, y no se sujeten las reuniones congregadas para objetos lícitos, á un procedimiento comparable al usado con escolares menores de edad, á quienes no se les deja salir á paseo sin ir acompañados de un vigilante; más importante aún que estatuir sobre el derecho de reunión, del que por lo general se encuentra poco dispuesto á hacer uso la masa numérica de nuestros conciudadanos, lo es promulgar racionales preceptos para el ejercicio del derecho de asociación para objetos lícitos y conformes á la moral y á las leyes. Interin no exista este derecho lealmente entendido y aplicado, no saldrán los españoles de la infancia de su educación cívica. El derecho común eximia á nuestros padres de la necesidad de impetrar permiso de la autoridad civil para formar cofradías religiosas. ¿Por qué, bajo un régimen constitucional han de ponerse trabas á que para objetos de interés moral, para la defensa de sus derechos civiles, para asuntos de índole económica, los ciudadanos liberales se asocien y promuevan empresas de interés común? La facultad de disolver las asociaciones que se aparten de conocidos y lícitos fines, debe bastar al gobierno para estar en guardia contra culpables tramas, y todo lo demás constituye un lujo autoritario, que es la negación de

la aptitud del país para el ejercicio de los derechos inherentes al régimen representativo.

Si tal fuese realmente la situación moral de España, deber sería de los buenos y honrados patricios reconocerlo altamente y anunciar en qué medida somos capaces de disfrutar de las franquicias que son el patrimonio de los pueblos libres, á fin de que, contentándonos con lo que legítimamente merezcamos, entrásemos en la pacífica é indisputada posesión de aquellos derechos políticos y civiles de que hoy disfrutaban todas las naciones civilizadas.

A. B.

Madrid: Marzo 1878.

EL PORVENIR DE CÁDIZ.

Con este epígrafe ha publicado *El Diario de Cádiz* del 28 de Febrero un notable artículo, que ha sido contestado al día siguiente con otro no menos notable de *El Comercio*, decano de la prensa gaditana; y celebráramos mucho que tan entendidos colegas no dieran por terminada esta tarea de procurar cada cual por su camino la mejora de esa situación poco envidiable en que Cádiz se encuentra, por ser indudable que de algunos años á esta parte empeora constantemente sin que, con excepción del dique de los Sres. Lopez, se emprenda otra obra ó empresa alguna que prometa fomento, trabajo y resarcimiento de tanto como ha ido perdiendo nuestro puerto, ya por el abandono de sus obras de muelle, de sus canales y de sus almacenes de depósito, ya por la oposición inconsiderada que se ha hecho al establecimiento de un lazareto aislado en el Trocadero, que hubiese permitido el arribo constante á este puerto de los vapores correos trasatlánticos, de cuya oposición habrá de lamentarse mucho; ya, en fin, porque en vez de esa indiferencia de Cádiz por las mejoras del pueblo y la comodidad, seguridad y economía de los buques que vienen á él, en todos los demás se han ocupado más ó menos en mejorar sus condiciones, y lo han ido logrando á medida que el nuestro ha ido empeorando y cegándose por haberse permitido hacer obras que han aumentado considerablemente la acumulación de las arenas sobre los caños y fondeaderos, y no haberse permitido hasta ahora por las rivalidades y competencias de los distintos centros científicos que han de intervenir, el que se haga de una manera ó de otra la limpia de los fondos, como se hubiera ya verificado en cualquiera otra parte donde no ser cuniese tanta superabundancia de ciencia y de elevados centros oficiales.

Como en general los capitales que ha habido en Cádiz no se han dedicado á establecer ó fomentar empresas útiles para hacer prosperar la población, sino que se han invertido casi exclusivamente en comprar papel del Estado, en lo que creemos es la segunda entre las poblaciones de España, y se han empleado á lo sumo, en prestar con más ó menos usura ó se han retraído depositándolos en los Bancos extranjeros, no ha podido menos de ir haciéndose sentir más cada día el empobrecimiento y la miseria, con todas sus naturales consecuencias, al disminuir nuestra navegación y en mayor proporción aún el movimiento de nuestro puerto, falta la población de industrias por no ocuparse de ellas los que tienen capital.

El artículo citado de *El Diario de Cádiz* ofrece en verdad un cuadro angustioso y desconsolador, que puede muy bien causar, como dice con mucha razón *El Comercio*, muy mal efecto y aumentar los males de Cádiz por el retraimiento que inspira á todos en sus negocios con esta capital.

Empero, ¿será acaso menos exacta y menos dura esa situación porque se calle ó se desfigure á los ojos de los que estén lejos? ¿Dejará de ser al fin conocida, aunque más tarde, por esos mismos ausentes, cuando tanto se hace sentir de los presentes, y nada se vislumbra que pueda dar esperanza siquiera de mejora, cuando nada se adelanta en las obras del puerto, ni en la traida de aguas, ni en empresa alguna de las dispuestas en testamentarias benéficas de buenos patricios, que no se han cumplido por más que no pueda darse crédito á la especie de que la detención tenga por objeto dejar pasar el tiempo para que se cumplan los plazos y la ciudad no tenga derecho á reclamar los beneficios testados?

Lo que creemos que se necesita es aunar todos los esfuerzos y todas las voluntades para salir de la indiferencia y la apatía que nos caracterizan en todo lo que concierne al bien común, siendo la prensa de todos los colores políticos la que, prescindiendo de sus diferencias y antagonismos, promueva con fe y constancia uno y otro día las gestiones y decisiones de todo género que hayan de contribuir al fomento del trabajo y de la producción en la localidad.

La obra quizás más importante para este objeto, por la facilidad que puede prestar para la realización de todas las demás, nos consta que se está ocupando de ella nuestro digno Gobernador recién llegado, con un empeño que hace honor á su actividad y á su pronta percepción de las necesidades más apremiantes en

esta decadente, paralizada y como petrificada ciudad.

Aludimos á la creación de una nueva Caja de ahorros y Monte de Piedad, en que se eviten los escollos que hicieron naufragar la sociedad antecesora.

Con estas instituciones, que puede decirse se complementan la una á la otra, además del beneficio directo que proporcionaría á la población, librándola de los préstamos usurarios, produciría otro indirecto de mucho más valor, cual sería el de que no pudiendo entonces emplearse en hacer préstamos muchos capitales, necesitarían, para no estar en inacción y poder dar producto, emplearse en empresas útiles que dieran actividad y vida á la población.

Entonces sería hacedero el planteamiento de grandes establecimientos de salazones y conservas de pescados, que fomentarian á su vez las pesquerías, las salinas y el movimiento mercantil, como aconseja sabiamente nuestro entendido representante en la exposición universal que se prepara en París.

Entonces y siempre necesitamos esforzarnos y no desmayar jamás en el propósito de mayor interés, no ya sólo para Cádiz, sino para todas las Andalucías: la canalización del Guadalquivir.

Datos preciosos, extensos é importantes estudios se están reuniendo sobre esta obra grandiosa, tanto con relación al riesgo como á la navegación, y que está llamada indudablemente á mejorar las condiciones de nuestro pueblo en laboriosidad y en amor al orden, á la propiedad y al saber, como consecuencias precisas de la mejor retribución del trabajo inteligente, por el desarrollo y perfeccionamiento que recibiría la agricultura, las industrias y el comercio con la facilidad y la baratura de los trasportes.

Todas estas obras sólo necesitan para llevarse á cabo, que en nuestra alegre Andalucía se quieran de véras y constantemente, no como lo acostumbramos en sólo un momento de arranque para no volver á acordarnos de ningún asunto de verdadero interés.

En estos mismos días se nos asegura que está ocurriendo lo que siempre sucede en Andalucía cuando se trata de hacer algo por el bien común. Las gestiones para traer á San Fernando el Colegio Naval para evitar las desventajas consiguientes para la salud de los alumnos de un Colegio Naval flotante y de escasa capacidad en un clima opuesto á los que han de visitar los jóvenes marinos en sus primeros viajes y llevar naturalmente mayores probabilidades de un resultado funesto en las enfermedades endémicas á que se han de exponer; cuando en San Fernando hay un magnífico edificio construido á propósito y un clima benigno, que, como es sabido, difiere poco de los que han de frecuentar.

El asunto, se nos asegura, estaba en vías de resolverse de una manera razonable y favorable por lo mismo á esta localidad, influyendo también para ello cinco celosos Diputados por Andalucía; pero, según parece, los Diputados por Galicia se reunieron todos con la mayor actividad y decisión, y pesaron en el platillo más que los cinco, no obstante ser los de Andalucía muy superiores en número, pero que no se movieron ni ocuparon de que el Colegio Naval estuviese mejor ó peor situado.

Contra esa indiferencia y ese desden general en nuestras provincias meridionales, es indispensable que clame la prensa uno y otro día y se interesen vivamente en secundarla todas las corporaciones populares y personas influyentes, hasta conseguir que se despierte otro espíritu y otra vitalidad, si hemos de llegar á ver próspero y floreciente este suelo tan favorecido por la naturaleza como poco apreciado y utilizado por sus hijos.

&c. &c.

LA BARQUERA PÁLIDA

NOCTURNO.

Reclinado en la roca solitaria
Donde doy rienda suelta á mi dolor,
Midiendo, con el águila, el espacio
Para elevar mi espíritu hasta Dios,
Contemplaba las olas que venían
La orilla á golpear
Como serie de grandes pensamientos
En lucha con la inquieta humanidad.

Era esa hora mística y solemne
En que el ángel amigo de la luz
Aparta la mirada de la tierra
Para clavarla en la región azul.
Esa hora en que pasan los recuerdos
En rápido tropel,
Como espectros robados á sus tumbas
Que corren á buscarlas otra vez.

No sé que meditaba: hay abstracciones
Que no tienen ni forma ni color;
Que van al infinito con el alma,
Y no puede abarcarlas la razón.
Sólo recuerdo que los ojos húmedos

Por el llanto sentí,
Y que ante mí, como vision fantástica,
De una mujer se destacó el perfil.

Era elevada y triste, como el sauce;
Pálida como un ramo de azahar;
Sus ojos, entornados, parecían
Luces que pasan, fuegos que se van.
Tenía la hermosura melancólica
Del eclipsado Sol,
Y sustentaba sobre el hombro débil
El remo de un batel de pescador.

«Vengo, me dijo, con el tono vago
Con que vibra el salterio de David,
A empapar en las aguas del olvido
Tu corazón cansado de sufrir;
Vengo á cerrar tus párpados ardientes
con un beso de paz;
Vengo á abrirte las puertas misteriosas
Que cierran la ignorada eternidad.

En la serie de escalas luminosas
Que hará en el infinito mi bajel,
Los mares sin orillas del espacio
Recorrerás conmigo á tu placer:
Esos libros con páginas de estrellas
Descifrarás por fin,
Penetrando en el mundo de la forma
Que en vano intentas abarcar aquí.»

Calló, un rayo indeciso de la luna
iluminó su macilenta faz,
Y yo sentí en mi pecho el toque frío
Que produce la punta del puñal.
¿Quién eres?—dijo, preso en los encantos
De aquel extraño ser—
¿Qué simboliza tu celeste remo,
Y dónde está tu mágico bajel?

«¡Hélo allí, replicó: del mar sereno
Blando se mece sobre el lomo azul!
¡Soy la Barquera Pálida, mi esquife
Es... aquel atahud!...»

BENITO MAS Y PRAT.

Sevilla: 1877.

EN EL ALBUM DE CÁRMEN.

Dos florecillas nacieron,
Á la par se acariciaron,
Amantes y castas fueron
Y eterna dicha gozaron.

Dos almas que el amor cuida,
Castas y amantes las dos,
Tienen un Cielo en la vida
Y otro Cielo les dá Dios.

MANUEL G. RENTERO.

Bailen: 1878.

CONTRASTES.

ANTES.

Unir mis labios á tus labios rojos;
Olvidar en tus brazos el sufrir;
Amarte, y ser amado con delirio...
Para despues morir.

AHORA.

Fastidiarme lo insulso de tus besos;
De tí muy lejos para siempre huir...
Y olvidar hasta el nombre que te diera...
Para poder vivir.

José JUAN JAUMEANDREU.

Barcelona: 1877.

EN EL ALBUM DE MI NO OLVIDADA ESCRITORA CATALINITA CARRERAS Y GARCÍA.

Niña, muy niña del sagrado fuego
Sentiste el vivo ardor:
Niña, muy niña de la tierna madre
Oiste el último adios.
Pronto, para cantar, su lira de oro
Sábía musa te dió;
Pronto, para llorar, el infortunio
Hiere tu corazón.

No extrañe el mundo que resuene triste
Cuando cantes, tu voz;
Pues ya no puede para tí sin nubes
Aparecer el Sol.
Escribe para mí, tierna, inspirada
Tu doliente canción;
Eco hallará en mi albergue, donde vivo
Entre lágrimas yo.

JUAN VILA Y BLANCO.

Alicante: 1878.

Á... ELLA.

Hoy vá á decirte mi amor
En humilde poesía,
Que sin tí, fuera una flor
Sin aroma y sin color
La pobre existencia mía.

¿Por qué cuando yo extasiado
Miro en tus ojos el Cielo,
Al contemplarme á tu lado
De tí tan enamorado
Bajas tus ojos al suelo?

¿Crees que es falsa mi pasión?
¿No basta que por tí lloro?
¿No te inspiro compasión?
Pues deja á mi corazón
Que ciego y loco te adore!...

Vé si es tuya mi alegría
Y tuyo mi pensamiento,
Que hasta al viento mataría,
Porque entre tu alma y la mía
No existiera ni aún el viento!

Y en fin, mira si sé amarte
Y si es grande mi locura,
Que en oírte, y en hablarte,
Y en verte, y en adorarte,
Cifro toda mi ventura.

Así, admite de mi amor
Esta humilde poesía,
Porque sin tí, fuera flor
Sin aroma y sin color
La pobre existencia mía!

M. DE LARRA Y OSSORIO.

Madrid: 1878.

LUZ Y SOMBRA.

Á LA EMINENTE POETISA ESPAÑOLA
D.^a PATROCINIO DE BIEDMA.

I.

Cuando entre hermoso celaje
Sale ataviada la aurora
Ocultando tras su encaje
El misterioso carruaje
Del Sol que su frente dora;

Cuando sin gasa ni tul
Que empañe el bello arrebol
Se alza esplendoroso el Sol,
Destacando en el azul
Cual la llama en el crisol;

Cuando el crepúsculo arde
Con una llama indecisa
Allá... al morir de la tarde,
Lanzando incierta y cobarde
Su postrimera sonrisa...

Todo nuestra vista halaga,
Todo, todo nos sonríe,
Nuestro ánimo en todo vaga
Y el placer siempre deslía
Conque nuestra alma se embriaga.

Allí vé una flor que brota
Abriendo el casto capullo;
Oye allí graciosa nota...
Es el amoroso arrullo
Que en el éter almo flota.

Allí escucha una sonrisa
Que vaga en el bosque umbrío...
Es el soplo de la brisa
Que enjuga á la flor sumisa
Las lágrimas del rocío

Allí vé un rayo amoroso
Que se quiebra en un capullo
Y del raudal cadencioso
Escucha el dulce murmullo
Requebrando al prado hermoso.

Vé á la virgen pudorosa
Envuelta en blancos cendales
Alzar su frente orgullosa,
Pasión brillando amorosa
En sus ojos celestiales.

Y vé el despertar del niño
Que agita su blanco lecho
Y en gracioso desaliño
Busca el maternal cariño
De infantil amor deshecho.

Vé la luz que le rodea
Y le envuelve en ígneo manto;
Entonces vive, desea,
Ama, trabaja, habla, crea...
¡La vida es llena de encanto!

II.

Cuando el Sol desaparece
Como en lánguido desmayo
Y hasta en la playa fenece
Lento su postrero rayo
Que en las olas se estremece;

Cuando fantástica sombra
Borra todos los colores
Cual si pusiera una alfombra
De la muerte y los dolores
Al paso negro que asombra;

Cuando todo palidece,
Cuando todo se ennegrece,
Cuando el mundo es una tumba
Y sólo el viento que zumba
Nos dice que aún se padece...

Todo nuestra vista obstruye,
Todo de pavor nos llena;
El mundo es un alma en pena
Que hasta de sí misma huye
Al ruido de su cadena.

Nada se vé; se presiente
Que la flor cierra su broche
Vertiendo lágrima ardiente
Al notar que al Sol ausente
Ha reemplazado la noche.

Se escuchan hondos gemidos
Allá... en la negra espesura;
Son los ayes doloridos
Que exhalan al ser batidos.
Los árboles con tristura.

Vense sombras sepulcrales
En el negro cementerio
Alzar sus losas fatales,
Y en silencioso misterio
Blandir agudos puñales.

Luégo juntarse sin ruidos,
Darse repugnantes besos...
Despues rodar pavoridos
Chocando los negros huesos
Con los sepulcros hundidos.

Vense los campos desiertos,
Vense las calles desiertas...
Sólo las tumbas abiertas
Pueblan el mundo de muertos
Que muestran sus faces yertas.

Entonces nos sobrecoje
De lo misterioso el miedo
Y nuestro ánimo se encoje,
Y á aquel misterio se acoje
Quizá murmurando un credo.

Sólo tinieblas hallamos
Que el corazón nos oprimen...
Usar de la vida ansiamos
Y de la vida no usamos
Cual si el vivir fuera crimen.

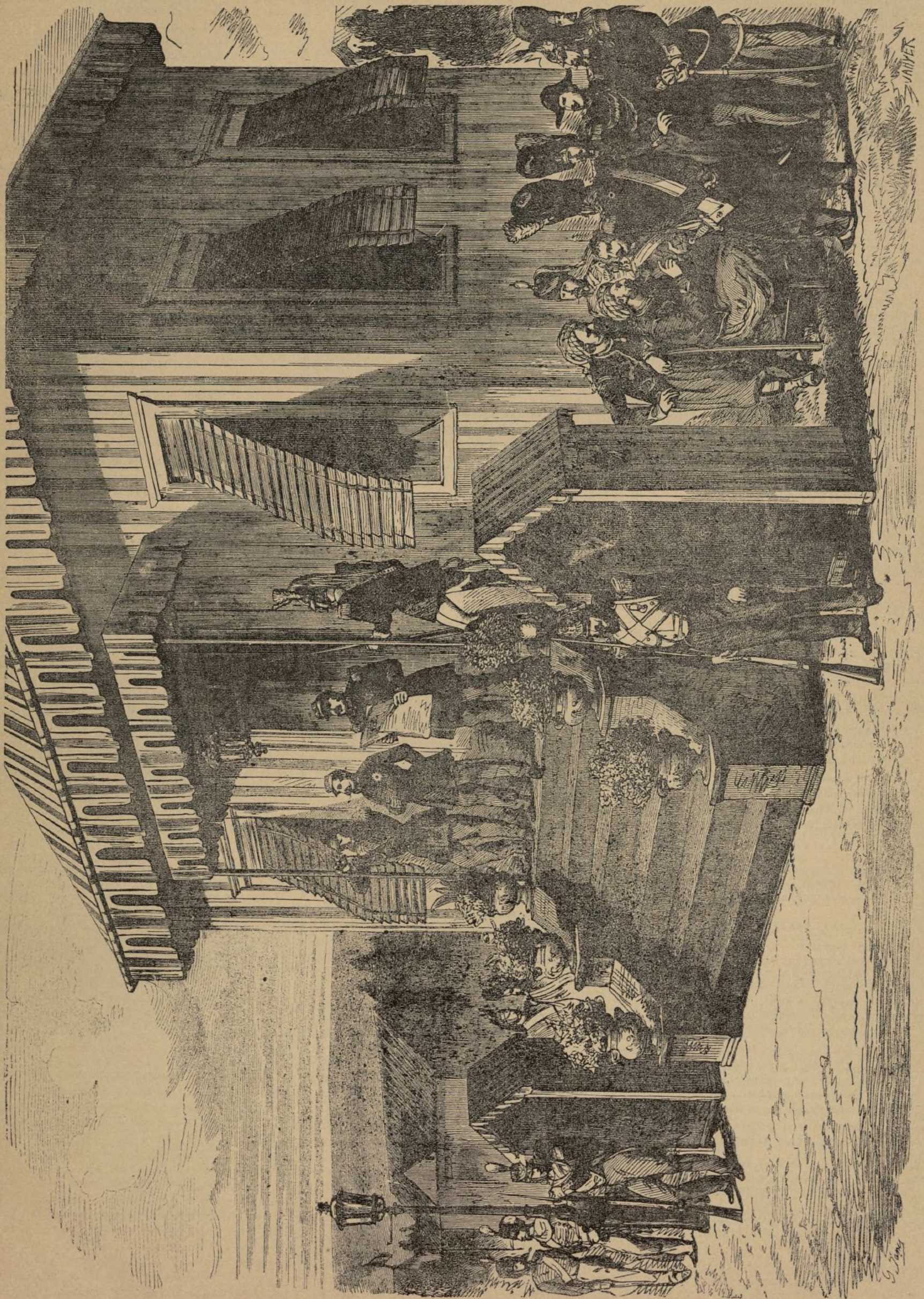
III.

Aurora... tarde... la noche...
Esto compone la vida,
Flor por el viento mecida
Que cierra triste su broche
Al faltar la luz querida.

Cuando en la luz habitamos
Vivimos aunque lloremos;
Cuando en tinieblas vivimos
Hacia el sepulcro avanzamos
Y aunque lloremos... morimos.

FERNANDO ARAUJO.

Salamanca: 1877.



El campamento de Charlons.

EXPLICACION DEL GRABADO.

EL CAMPAMENTO DE CHANLONS.

Como un recuerdo curioso de hechos recientes en la historia, y que fijaron grandemente la atención del mundo, reproducimos una vista del campamento de Chanlons en 1858, presentando la tienda del entonces Emperador de los franceses Napoleón III. Esta tienda formaba un cuadrilátero de 200 metros. La parte que daba frente a las tropas se componía de cinco pabellones contruidos a la manera de las casas de campo suizas. El del centro, que habitaba el Emperador, se dividía en siete habitaciones, forradas de seda y alfombradas suntuosamente: en tiendas de campaña aparte estaba la servidumbre.

Hoy, que nada de esto existe, es curiosa su reproducción.

LA ESPERANZA.

¡É aquí uno de los lemas mas hermosos que Dios ha impreso en el corazón del hombre, desde que aún siendo niño sufre y gime, hasta que, después de haber pasado por más o menos decepciones, baja al sepulcro, fin de todo lo humano.

Desgraciado el mortal que, creyendo negados para él sus favores, no siente iluminado su corazón por los rayos benéficos de la esperanza, y muy feliz si todo cuanto anhela llega a realizarlo.

Si en la vida se gozara incesantemente, las páginas que contiene el gran libro del destino serían siempre floridas, y los placeres de la existencia tan dilatados cuanto hermosos; empero no es así, porque la contrariedad altera a cada momento la bella uniformidad de su encanto.

En vano el genio del hombre pretende en sus mágicos sueños presentar a nuestros ojos la aurifera corona de la gloria realizada, porque su risueña idealidad quedará sumergida en la impetuosa corriente del destino. La fatídica voz de la realidad, echándose imperante cual funebre crepón sobre la cuna de sus doradas y dulces ilusiones, le dirá: «despierta de tu sueño, mira en mí la verdad»; mas entonces en medio de su dolor y de las lágrimas que vierte, del brillante celaje de la esperanza brotan esas áuras bendecidas, que son para el mortal el lenitivo más vivificante.

El corazón humano lleno de necesidades, vive en la ilusión, porque sin ella no podría soportar la falta de una realidad. El adora un sólo recuerdo grato que tenga, porque es necesario algo que le halague, y por consiguiente le es indispensable la esperanza para sostener esa vida de deseos. Leed en el alma que sufre las varias y continuas vicisitudes de la humana vida, y en su fondo triste y desnudo de placeres, vereis destacarse hermosa la límpida aureola de la esperanza.

Preguntad al infeliz que ha quedado sin los autores de sus días al comenzar la carrera de la vida, con qué endulza la triste amargura de su existencia, y él os dirá que la dicha de sus horas felices pasó fugaz, quedando sólo una querida memoria, cual la de un sueño hermoso que nada deja sino el pesar de haberlo perdido; que cruzó ante su vista cual una sombra hechicera, fantástica y llena de todos los atractivos que sumergen el corazón en un letargo dulce, pero que su pasajero encanto sólo le ha legado las lágrimas que ahora derrama. Abandonado en el mundo, al tender su lánguida mirada, halla un negro vacío, mas en su interior se alza voz amante y cariñosa que, al prodigarle sus consuelos, le dice: «espera en mí».

Penetrad en la misera choza del indigente, ó del que, tal vez habiendo gozado una regular fortuna, sufre bajo la opresora mano de un destino contrario, y observad como todo revela allí el sufrimiento, y en su frente está marcado el sello de la desgracia. Allí no hay sonrisas, no hay corazones rebosando placer, pero sin embargo, hay esperanza.

Cuando los rosados albores matinales saludan con sus primeros destellos a la naturaleza, anunciándole un nuevo día, y cuando el campesino deja el descanso compensador de sus fatigas, para continuar las tareas del día anterior, no creáis que allí se goza; allí sólo se saluda con lágrimas, ese sol que hace sentir en la tierra su benéfico calor, pero también se espera.

Cuando el tenue crepúsculo vespertino ya inclina sus trémulos reflejos para depositar una mirada cariñosa en cada objeto que acaba de iluminar y comienza a mostrar silencioso su disco dorado el bello astro de la noche, que desde su estelífero y aéreo pabellón contempla el universo en aquellos momentos cobijan esas dudosas sombras las amarguras del sufrimiento que aún no ha cesado de sentir todo el día el pobre, el desvalido, y sin embargo, si repasais bien esos rostros, espejos del infortunio, vereis que la desesperación no está grabada en ellos, pues manifiestan tranquilidad y resignación. ¿A qué atribuirlo? ¡Ah! entre las muchas espinas sembradas en el camino de su vida y que forman un cuadro trazado con lágrimas y hiel, todavía crece una rosa, bajo un cielo brillante y luminoso, y en

ella fulgura con grandes rasgos esta divina palabra: ¡Esperanza! Si; todavía no se ha eclipsado para ellos su luz esplendorosa al cruzar la negra senda de las contrariedades. Hé ahí lo que da vida a su corazón.

El reo que ya en capilla cuenta con avidez los minutos que le separan de la inmensa eternidad, que mira la vida como una sombra ilusoria que ha pasado, no obstante, en esos momentos supremos aún alberga su corazón un reflejo de esperanza; y si al fin en su aciago destino la ve terminada respecto a los hombres, entonces su mente sube hasta Dios, y espera más que nunca, porque adora esa luz santa que al otro lado del sepulcro premia con su célico esplendor la resignación y el arrepentimiento.

Espera el moribundo el instante de reanimarse y el náfrago su salvación en la débil tabla que pueda conducirle a una ribera.

Es la esperanza, pues, el mayor tesoro que el Hacedor ha concedido al espíritu humano. Borrada del mundo sería éste un caos de angustias y lágrimas, porque en el seno de ella se depositan los gemidos de todas las generaciones.

¡Esperanza! ¡Esperanza! Yo te adoro, porque has alimentado muchas horas de mi vida, y hé aquí porqué te dedico un recuerdo de lo íntimo de mi corazón.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

Lugo: 1878.

LOS POETAS.

Si hay algún ser en la tierra más perjudicial que un músico es, seguramente, un poeta. Al fin, los músicos buenos, sólo perjudican por cuanto encienden criminales propósitos en los aspirantes a Orfeos; pero con los poetas sucede lo contrario; los más buenos son los peores, y me atrevo a decir que un sublime vate es mucho más fatal que un detestable músico.

Conste, ante todo, que soy *testigo mayor de toda excepción*, como dicen los legistas, en ese delicioso galimatías inventado para aclarar dudas y resolver dificultades.

Soy un tanto poeta a ratos perdidos, y al confesar mi delito, no he de pretender excusarlo. ¡*Mea culpa, mea máxima culpa!*

Todas las cosas humanas tienen amigos y adversarios, ménos la poesía. Hay, sí, quien la mira con desden, considerándola entretenimiento frívolo y baladí, pero jamás se la acusa de pernicioso, y pues carece de verdaderos enemigos, y no le faltan apasionados admiradores, debe ser tenida y reputada por excelente.

Mas no ha de quedar esta regla sin excepción, y en tan benévolo jarado la excepción soy yo que encuentro la poesía, no frívola, insustancial é impertinente, sino clara y redondamente detestable, y tanto más detestable cuanto más buena.

Preciso me parece establecer como base de discurso la definición de la cosa.

Por más que registro autores y recurro, con muy poca esperanza por cierto, al diccionario de la Academia y aún al de Domínguez—constituido en dómene de aquella sabia corporación, cuando no le vendría mal darse una vueltecita alrededor de su magistral eminencia—no encuentro definición apropiada. Unos hacen *poesía*, sinónimo de *versos*; otros la reducen a giros del lenguaje. Nada más fácil que demostrar la inexactitud de entrambas opiniones. La primera está harto combatida ya, y cualquiera puede encontrar más *poesía* en la prosa de Chateaubriand, de Castelar ó de Lamartine, que en los versos de Sebastian del Alcázar y demás bardos de bodegón, desde Anacreonte hasta los que han invadido a temporadas la cuarta plana de *La Correspondencia*. La segunda opinión sólo es verdad en parte. No siempre basta la belleza de las imágenes, el ritmo y la elegancia de los giros para poetizar un asunto.

Yo entiendo que *poesía* es el arte de idealizar embelleciendo. Si no les gusta a Vds. la definición pueden abandonarla, porque sólo la escribo para mi uso particular y el de algunos amigos que quieran disfrutarla gratis... hasta cierto punto.

Por supuesto, los que no la acepten me citarán mil ejemplos de *poesía* que léjos de idealizar la materia, materializa la idea. Yo contestaré, lisa y llanamente, que eso no es *poesía*, ni prosa, ni nada más que una algarabía convencional, con el propósito ostensible de conmover deleitando y el fin real de aburrir al mundo y quemarle la sangre a puras majaderías.

Aquello es *poesía* y bellezas como ciertos manojos de cañas y papel, puestos en medio del escenario, son árboles.

Podrían dividirse los poetas de los últimos siglos en antiguos, medios y modernos—y no en malos ni buenos, por que deseo excluir a los malos del anatema como gente inofensiva y mansa digna de mi mayor respecto y consideración—pero es el caso que tengo destituidos a los antiguos y medios, pues me permito opinar, con licencia de Vds., que

después de tantos ditirámicos elogios, no ha habido verdaderos poetas en el mundo hasta hoy; hasta esta época fría, materialista, excéptica etc. etc., y, salvo mejor opinión, encuentro a cada paso, en la gaceta de cualquier periódico, versos harto mejores que en renombrados clásicos, los celeberrimos cantores griegos y latinos inclusive.

Y así me excomulgue esa multitud de críticos, que por no formar juicios prefieren tomarlos hechos, me parece risible comparar siquiera a Rioja, Herrera, Garcilaso y demás semidioses de los siglos de oro con nuestros Campoamor, Nuñez de Arce, Aguilera, Echegaray y otros ciento que no nombraré, por no sacar a plaza personajes desconocidos, dejándome en el tintero reputaciones de muchas campañillas, admiración de todo bicho leyente.

Aunque sólo cito versificadores, no se entienda que a ellos únicamente me refiero. Yo pongo las cosas en su más común inteligencia, y luego cada cual aplique el cuento como bien le plazca. Sin contar con que los prosistas no pueden comprenderse en el dictado de poetas, porque la *poesía* es en ellos solo un accidente.

Ahora bien, si *poesía* es idealizar embelleciendo, ocuparse de asuntos puramente inmateriales ha de ofrecer el resultado de rebajarlos y deprimirlos; pues ni el pensamiento, ni menos la palabra humana, llegarán jamás a mejorar tipos tan perfectos de belleza que ni aún los alcanza nuestra comprensión.

De ahí que comparar, por ejemplo, a la Virgen con una azucena ó un lirio, me causa el mismo y peor efecto que si oyese ensalzar a Ofelia llamándola remolacha; pues más favorecida resultaría la doncella del norte representada por una hortaliza, que la soberana de cielos y tierra, tipo de toda belleza ideal, comparada con la materia ménos imperfecta.

Solo los objetos y actos terrenales pueden poetizarse y para ello, es necesario adornarlos con ideales perfecciones sin que pierdan su verdadero modo de ser; pues, en otro caso, desaparece el objeto y venimos a cantar lo que no existe, lo que se engendra en la fantasía lo que es inmaterial, y por consecuencia imposible de enaltecer por medio del lenguaje y el pensamiento del hombre.

Generalmente los poetas, por no tomarse el trabajo de buscar el lado estético a las cosas, han considerado más cómodo establecer tipos de belleza convencional, aceptados y aplaudidos por las gentes sin ningún examen, y encerrándose en un círculo de palabras, y aún de ideas, hechas sobre patron, nos muelen perpétuamente con imágenes disparatadas y absurdos conceptos, que nos venden como pensamientos sublimes.

No hablemos de los vates del siglo diez y siete y anteriores, cuya ridícula metáforas, alambicadas sutilezas y laberínticos giros, fatigan la cabeza más sólida cuando pretende desentrañar un sentido que no tienen. Si entráramos en su examen sería cosa de morir de risa; pues una sola de las más ponderadas églogas encierra bastantes desatinos para aplastar el sentido común.

Desde que empecé a estudiar arte poético estoy oyendo celebrar como felicísima idea aquello de:

«Flérida para mi dulce y sabrosa,
Más que la fruta del cercado ageno.»

Y siempre me figuro al pastor emprendiendo a mordisco con su amada y relamiéndose de gusto al encontrarla tan sabrosa.

Aun nuestros celebrados poetas contemporáneos tienen tan en olvido la verdad y el buen decir que ni el diablo los entiende. Años hace que estoy dando vueltas a unas conocidísimas, y siempre aplaudidas décimas, sin acertar con el sentido de estos versos:

Esas dos líquidas perlas
Que se desprenden tranquilas
De tus radiantes pupilas
Convidándome a beberlas,
Evaporarse a no verlas
De sí mismas al calor etc.,

Francamente, eso de *evaporarse a no verlas*, si es castellano, debe ser un profundo secreto del lenguaje, que no conocemos los profanos, y ni aún la gramática se atreve a descubrir.

Pero aparte de esa frase, que es exclusiva de su autor; dejando a un lado lo de *radiantes pupilas*, que da solo idea de unos ojos de gato en la oscuridad; prescindiendo de que no sé quien convida a beber, ni si lo *bebestible* son las perlas ó las pupilas radiantes ¿quieren Vds. hacerme la merced—que a grande la tuviera yo—de fijar los puntos de semejanza entre una perla, líquida ó sólida, y una lágrima común y corriente?

Yo comprendo que por lo claro y transparente pueda parecerse la lágrima a un brillante; por lo líquida y templada a un caldo, por lo salada a un arenque y por lo triste a un cesante; pero a una perla, por Dios santo, no concibo en qué pueda parecerse.

Eligiendo el mejor género de perlas, figúrense Vds. una

lágrima blanca, opaca, densa, y díganme en conciencia, si más que para inspirar cantares y deseo de beberla, no sería propia para poner asco en el estómago más firme.

Los ojos andan en desgracia con los poetas; pues recuerdo, entre otros, un pasaje de *El Quijote*, en el cual diciendo, no se quien, de Dulcinea que la celebraría aunque le manase un ojo bermellón y el otro piedra azufre, replica el hidalgo: «No le mana sino ámbar y algalia entre algodones.» Arranque muy galante, sin duda, pero que trae á la imaginación un ojo manando esas tales cosas, y con ellas muy peor que empapado en los ingredientes de una ensalada.

¿Pues qué me dicen Vds. de los repetidísimos versos:

«El regalado aliento de tu boca.»

«El perfume de tu aliento?»

Yo creo que lo más razonable en una boca es no oler á nada y cuando me pintan bocas odoríferas, repaso con la memoria todos los perfumes que he recogido en ellas, sacando en conclusion que el ménos desagradable era de estanco ó de tienda de ultramarinos.

Y dado que realmente tengan fragancia, llévase cada cual lo suyo y aplaudamos, no la boca, sino al dentista que compuso el elixir odontálgico origen del buen olor.

Celébrese, en buen hora, las cosas que lo merezcan; pero, por vida de tal, no saquemos las cosas de quicio, haciendo nacer en el lector ideas muy contrarias á la que se pretende infundir.

Tan arraigado está el mal que hasta un poeta eminente anunciando su deseo de acabar con esas frases de convencional belleza, y despues de haberlo conseguido en gran parte, escribe tratando de una mujer ideal:

—«Tengo frío—me dijo dulcemente

Con voz que más que voz era un balido.

Oigan Vds. á una hermosa balando y si le encuentran poesía que me la claven en la frente.

En materia de animales no encuentro más diferencia que la de ser ó no comestibles; pero aún reconociendo en algunos más utilidad ó mejor instinto que en otros, no se han tenido en cuenta tales méritos al colocarlos en la escala de seres respetables ó poéticos.

El carnero y sus congéneres son estúpidos y holgazanes en alto grado.

El asno es más inteligente y útil que la mayor parte de los animales.

Y sin embargo, ahí tienen Vds. un poeta que, con aplauso universal, ensalza á una hermosa dándole voz de borrego y hubiera sido irremisiblemente silbado si llega á compararla con un burro.

Sería interminable tarea la de pasar revista á cuantas frases semejantes en prosa y verso se han escrito, pero no conviniendo tamaño trabajo á mi propósito, bastan las apuntadas para comprender que en poesía casi todos se apartan de la realidad para correr tras quiméricas bellezas de convencion que así son bellezas como verdades.

Agreguen Vds. á esto el consonante, el insoportable consonante que griegos y latinos tuvieron el buen gusto de no conocer; pues aquellos pueblos artistas, que ántes de inventar la geometría descubrieron por instinto la curva de máxima resistencia, no podían presumir bello en un poeta lo defectuoso en el orador, ni acertar como lo discordante en el comun resultara cadencioso y dulce en la poesía que es la música del alma.

Cuando en final de verso leo *español* estoy viendo el sol que se asoma uno ó dos versos más abajo, aunque rujía la tormenta; todos los ojos han de causar enojos, ó llenar la vida de abrojos, ó despertar antojos; desde el suelo hay que sentir, forzosamente, el anhelo de subir al cielo; toda tumba retumba cuando el viento zumba y, dentro de tan ancha esfera es natural que las ideas se engrandezcan y nos dejen patitiosos de puro originales.

Pues admitido ya lo convencional en las frases y las ideas; establecido el principio de que la poesía consiste en abandonar lo material y terrestre para remontarnos á lo ideal ó impalpable, fácil es calcular el efecto que produce en cabezas juveniles—y, por ende, en las femeninas perpétuamente jóvenes por dentro—ese ideal de belleza atractiva que desecha por vulgar y grosero hasta lo más inherente á la vida para buscar con afán cuanto se aparta de lo comun y necesario.

Jamás he visto una mujer poetizada en el acto de comerse una chuleta, ni de coser un calcetín, ni siquiera en el de lavarse la cara, como no sea en la linfa cristalina oculta entre rosas y azucenas. En cambio he visto idealizar el voto, cumplido por una reina, de no mudarse la camisa mientras durase el asedio de cierta plaza, ¡asedio que duró dos años!

Despues de decir esto añade el autor, con admirable candidez, que el lienzo tomó un tinte *morenito* que, imitado por los cortesanos, hizo inventar el color *isabela*.

¡Morenito mi abuelo!

Nunca ha sido ensalzada por los poetas la mujer sana y rolliza que con santa abnegación pone sinapismos á su ma-

rído, ó cura la molesta y repulsiva erupción á su anciano padre.

Casi no habrá ejemplo de que se canten la salud, el buen humor, la limpieza que rebose una doncella cachigordeta, colorada, con buen apetito y actividad infatigable.

La poesía personificada ha de ser magra, descolorida, enteca, doliente; ha de tener fiebre, pero no la que reseña la patología, sino una fiebre *sui generis* que reconoce siempre causas morales, sin más accidente físico que el delirio culto, decoroso, charlatan, saturado de amor y aspiraciones sublimes: un delirio inverosímil.

Y no vayan Vds. á creer que concluye ahí lo convencional. No basta que la encarnación poética enferme; pues hay males de males y, por no sé qué extraña preferencia, sólo le es permitido adolecer del pecho, ó del corazón y, á mucho conceder, de la cabeza.

¡Quitenme de delante una celebrada heroína si al morir tiene vómitos, como no sean de sangre, ó se oprime el vientre ó los riñones al sentir un dolor! ¡Quéjese, en buen hora, del pecho aunque le duelan las muelas, y lleve la mano al corazón cuando le punce reuma en las espaldas; pues, en Dios y en mi ánima que, si otra cosa hiciere, ha de quedar borrado del cuadro de los poetas para entregarse en manos del ministrante!

¡Gentil fuera la poesía de Violeta, *La dama de las Camelias*, si despues de vivir como *cocotte* poco espiritual entre borrascas y festines se nos hubiera muerto de un cólico como parecía natural! Poco le hubiera valido entonces cantar mejor que un canario para evitarse una silba en la hora de la muerte á guisa de responso ó recomendación de ánima.

En materia de muertes poéticas dénneme á mí un buen suicidio y lo demás son zarandajas.

Y digo un buen suicidio porque también en eso hay sus más y sus ménos, y no es cosa baladí la elección de instrumento mortífero.

Figúrense Vds. á Hernani colgado de un cordel haciendo visages, y se acabó la poesía del cuerno; imagínense á Werther eligiendo un suicidio japonés y arrastrando las entrañas por el suelo; háganse Vds. cargo de Cleopatra mordida por un perro rabioso y echando espumarajos por la boca....

Nada, nada: el carbon, el puñal, el salto de Léucades y el veneno, pero rápido, sin excitar contorsiones y, sobre todo, servido con decoro. Un tósigo exige cierta coquetería como, pongo por caso, el pomo de oro, de plata, ó de cristal tallado, ¿Quién puede ver sin enojo á una beldad *no comprendida* empuñando una cantimplora de ácido prúsico?

No me digan que hay poetas dedicados á cantar verdaderas glorias, nobles acciones y grandes figuras. La excepción no anula la regla, ántes la confirma, y esos tales ó suelen meterse también en honduras, y en vez de cantar grandezas nos hacen una especie de libros de caballerías con todas sus consecuencias, ó ejercen poquísima autoridad sobre los ánimos.

Lo ostensiblemente grande no hay para qué cantarlo: está en el corazón de cualquiera y, si no está no lo habeis de hacer comprensible con rebuscadas frases.

Dada la natural influencia de la poesía en cabezas soñadoras, y que ha de ser mayor ó menor segun el talento del artista, calculen Vdes. los estragos que ha de producir en el mundo ese empeño de ajustarse á una plantilla que diviniza la holgazanería—pues no hay más ocupación poética que pasear á la sombra de los árboles, ó soñar á la orilla del arroyo—la falta de salud, el suicidio y la pasión en todas sus manifestaciones, sin excepción alguna, siempre que sea grande. ¡Como que han llegado al idilio Marion Delorme y Ninon de Lenclos por el ideal y nunca bien ponderado mérito de ser unas impudentes *meretrices* hasta en su vejez, lo cual debiera aumentar los grados de repugnancia que inspira siempre lo grosero!

Vosotros, los que aplaudís las ideas del poeta, no habeis pensado sin duda que no hay idea perdida; que todas se traducen en hechos, más ó ménos tarde; que admitidas las premisas es absurdo combatir sus consecuencias.

Muchas gentes recuerdan aún la época del *romanticismo* y, aunque hoy parezca increíble que las ridículas declamaciones de aquellos bardos melencólicos hayan ejercido influencia alguna en las costumbres, ancianos respetables podrán referiros trágicos sucesos y desventuras bien ciertas, por desgracia, cuyo origen se encierra en las páginas de una espeluznante novela, ó de un drama monstruoso.

Tengo para mí que el beber vinagre, apretarse el corsé, pasar las noches en claro á la luz de la luna, comer poco y malo, hablar mucho y peyor escribir muchísimo y pésimo, han traído esta generación de *traviatas* que se muere tísica y escrofulosa.

Pero, aún descartando del cuadro el suicidio y otros excesos de primera clase, que generalmente no reconocen ya causa tan liviana, queda bastante influencia á los poetas para hacer imposible la ventura en el hogar donde han

penetrado sus extravíos, peores mil veces que las ideas de Suñer y Capdevila, pues éstas, de puro audaces, son repulsivas, y aquellas penetran por do quiera bañadas en néctar y ambrosía.

¿Cómo puede ser feliz una familia cuyas hijas rechazan la ocupación útil, el régimen sano, la lectura provechosa, el ejemplo digno, y tuercen su espíritu con ideales absurdos y perniciosos principios que vienen al fin á manifestarse bajo formas bien poco poéticas por cierto; que apartan de sí con horror al aspirante, robusto, honrado, laborioso, para pasar los días gimiendo y llorando porque sus padres tiranos, materiales, groseros, prosaicos en una palabra, no les permiten dulces veladas en la reja, oyendo las frases de un perdulario sin oficio ni beneficio, pálido y enteco, sabe Dios por qué causa, pero que recita de memoria á Víctor Hugo y Goethe?

¿Cómo hacer buena y amante esposa á la que considera crimen imperdonable y causa justa de antipatía en su marido el tener un zapatero torpe que le vende un ojo de pollo en cada par de botas? Para esta mujer solo pueden ser atractivos los hombres que trata en visita; que no hablan sino de saraos, paseos, amores, enramadas, arroyuelos parleros y avecillas canoras, reservando para sus patronas el conocimiento de las bayetas amarillas que les alivian el reuma, del corsé que oprime sus ya rebeldes cinturas y otras mil cosas que á ser conocidas del público, dieran con su poesía al traste.

No crean Vds. que exagero. Conozco á una señorita que renunció á un matrimonio muy ventajoso al descubrir, casualmente, que su novio gastaba medias y tirantes; y sé de otra que encuentra ordinario y antipático comer carne y otras groserías, por lo cual se alimenta de frutas y ensaladas, procurándose frecuentes indisposiciones mucho ménos poéticas que comer carne.

En este siglo vulgar hemos llegado á tal alambicacion de lo bello que para ser persona aceptable, debieramos despojarnos de la carne y pasear el espíritu en cueros por esas azuladas alturas.

Gentes encontrarán Vds. que sostengan esta teoría, más ó ménos exagerada, pues así como en tiempo de Cervantes hubo quien consideró reales y efectivos á los Amadises y Esplandianes, no falta hoy quien imagine que los poetas viven libando la miel de las flores y que cuanto dicen es el evangelio; por lo cual hay necesidad de obrar al modo de sus creaciones ideales.

Si la vida tiene tantas contrariedades ¿no es un crimen aumentarlas presentando á ojos inexpertos cuadros atractivos é imposibles, para que luégo consideren desencantos amargos los mas sencillos accidentes de la naturaleza humana?

¿No hay almas bastante caritativas para enseñar á esos inocentes que dentro de lo real, de lo comun, de lo casero cabe mas poesía que en todas esas atildadas frases y retorescos conceptos; que no hay nada más poético que la salud y el buen humor, pues todas las dolencias vistas de cerca tienen algo, y aún algos, de repulsivo para organizaciones tan superfina?

¿No hay quien sepa, en fin, presentar la poesía dentro de la verdad?

Sí; hay verdaderos poetas que saben idealizar la vida presentándola por su lado más bello; que hacen ensanchar el espíritu del ser más olvidado por la fortuna, enseñándole que su modesto trabajo, no sólo es bueno y santo, sino poético y sublime, porque viene á satisfacer, en los hijos, altísimas necesidades de su alma, que la mujer cuyas blancas manos se encallecen lavando la pobre ropa manchada del honrado sudor, es más interesante que la vaporosa heroína de un poema ocupado en soñar majaderías, ya que no en mancillar su decoro.

Algunos poetas conocemos, gloria de nuestra patria.... ¡Pero qué digo!

Escuchad el funeral tañido de esa campana que viene á interrumpirme desde la vecina torre de la Magdalena.

¡Fernán Caballero acaba de morir!

Esa gran figura, más que con sus cuentos, enseñó con el ejemplo cuanta poesía cabe dentro de nuestra naturaleza miserable.

Esa mujer sublime, tipo un día de la belleza física, modelo siempre de todas las bellezas morales, en quien ochenta años de vida no pudieron debilitar la caridad, que es la más hermosa manifestación del amor, la fé que es la eterna inocencia del alma, el entusiasmo que es la juventud del corazón; esa santa criatura á quien llamábamos Cecilia los que tuvimos la dicha de estrechar su mano y á quien admirará el mundo bajo otro nombre, hijo de su modestia incomparable, ha volado á la gloria, cubriendo de luto las letras españolas y llenando de amargura el corazón de sus amigos.

Perdonadme, lectores, este triste final de un artículo humorístico.

Tengo delante un libro y en él la cariñosa dedicatoria estampada por una mano ya trémula. Es la última que escribió Fernán Caballero; acaso la postrera página que legó al

mundo y al leerla, no he podido contener esta lágrima que se escapa de mi alma.

FEDERICO GARCIA CABALLERO.

Sevilla: 1877.

CULTIVO DE LA MEMORIA

Es una idea muy común el creer que una buena memoria es un don natural que la naturaleza caprichosamente confiere á unos y á otros nó.

La verdad es que la memoria es una facultad que, lo mismo que otra cualquiera, necesita desarrollo.

Su capacidad es sin duda más grande en unos que en otros por naturaleza, pero esta diferencia es ménos importante que la que causa la educación ó el descuido. Ya sea con el objeto de facilitar los procesos mentales, ó con el de aumentar la eficiencia práctica en las ocupaciones de la vida, una memoria cultivada es de mucho más valor que una buena por naturaleza. Es posible reunir en nuestra memoria un vasto número de hechos ó conocimientos de cualquier clase, echados á troche moche sin sacar ningún provecho ni en fuerza mental ni en el manejo de los negocios; pero cuando la memoria ha sido enseñada á retener lo que se le confía en un orden clasificado y que sirva en cualquier momento de necesidad, no puede estimarse bastante su valor.

Como todas las demás facultades, la memoria adquiere fuerza y desarrollo con el ejercicio y se debilita por falta de uso. Cuando la necesitamos constantemente en cualquier ramo, responde con prontitud.

El comerciante no encuentra dificultad en recordar los precios y la calidad de las mercancías en su línea; el médico fácilmente recuerda los síntomas diarios de su paciente; el mecánico no olvida las funciones de sus diferentes instrumentos. Las mismas condiciones repetidas diariamente, traen casi siempre ideas análogas, y en nuestras ocupaciones comunes pocas veces tenemos ocasión de quejarnos de una mala memoria. Esto nos puede servir de guía para cultivar esta facultad en aquellos puntos en que se encuentra defectuosa. Si queremos que nos sirva fielmente, debemos tenerla en uso constante. La misma atención que ponemos en nuestros negocios diarios y que nos sirve para recordar sus menores detalles con tanta facilidad, sería igualmente provechosa si la empleáramos en otros trabajos. Para fortalecer la memoria sobre un punto dado, el primer requisito es poner toda nuestra fuerza mental en su ayuda. Puede sucedernos que se nos encargue alguna comisión que prometamos ejecutar de buena fé; pero que no estando en la línea de nuestros pensamientos, se nos olvide y no la cumplamos. Nos excusamos frecuentemente de tal falta en el terreno de que no podemos por ningún esfuerzo de la voluntad dominar el poder de la memoria. Con todo, si hubiéramos, por medio de un potente esfuerzo de la voluntad, fijado toda nuestra atención sobre el asunto cuando se nos presentó, si hubiéramos hecho desaparecer todos los otros pensamientos y concentrado nuestras fuerzas mentales sobre ese particular, hubiera sido la impresión tan grande, que probablemente hubiéramos recordado y cumplido. Esta concentración mental es el primero y más importante de los medios para mejorar la memoria. Está en nuestro poder conseguir esto, y el que tiene conciencia de ser descuidado en este respecto, no puede pedir excusa por su olvido. Otro método provechoso de educar la memoria es por medio de las leyes de asociación. Nuestros conocimientos deben ser arreglados y clasificados si queremos recordarlos con facilidad. Debemos basar las reglas sobre los principios, y los efectos sobre las causas si queremos grabarlos fuertemente en nuestra memoria. El no hacer esto, es la causa principal de que se nos olvide mucho de lo que hemos aprendido.

El emperador Napoleon, que era uno de los casos más notables de una memoria retentiva, tenía por costumbre decir que sus conocimientos estaban todos guardados en gabinetes, y que sólo necesitaba abrir uno de ellos, para que todo lo que había aprendido sobre ese asunto se presentara á su mente.

Esto es, como hemos manifestado ántes, una gran necesidad en nuestro actual sistema de educación. Estudiar una sola cosa con calma, presentándose al estudiante en todas sus relaciones, y enseñándole á investigar sus principios desde sus fundamentos hasta su completo desarrollo, es de mucha más utilidad real como disciplina mental y como adquisición de conocimientos que estudiar superficialmente veinte ramos distintos, sobrecargando la inteligencia de hechos aislados, ó reglas que no llevan ninguna relación entre sí y no se fijan fuertemente en la memoria.

Es un gran aliciente para el cultivo de la memoria, el hecho de que el trabajo será cada vez más fácil. Si fijamos nuestra atención fuertemente en cualquiera asunto que queramos recordar, la facultad de concentración se nos hará habitual. Si constantemente arreglamos y clasificamos nuestros conocimientos, nos serán cada día de mayor provecho.

ANDRÉS CASSARD.

New York: 1878.

LA VISION.

AL SEÑOR DON CAYETANO DEL TORO.

Las letras son claras y resplandecientes, cuando se consagran á esclarecer problemas de necesaria solución, para la dignidad de la ciencia y grandeza de los que la cultivan.

En mis arduos viajes por la República del saber, concebí en las estaciones, lo que entre mí había discurrido y luego observado por el camino, cuando mis atenciones personales me daban algún espacio de tiempo. Sucédeme ahora que un ilustre médico, me hace la alta honra de pedirme explicaciones acerca de la vision, y yo me veo en un duro trance. Pero mi compromiso es ya ineludible; por más que la victoria queda para mi querido compañero, pues tiene un espíritu grande, y ejercitado con él en todas sus empresas, despedaza errores, como Hércules despedazaba culebras.

¡Bienhadado! por siempre, el temible médico gaditano, pues sabe seguir aquel consejo del preclaro Torcuato Tasso, que nos ofrece este precioso verso:

L'età percorse, é la speranza, é presti

Pareano fior, quando n'uscio i frutti!

Opino yo con Fresnel, que nuestro globo está rodeado de un océano de luz. El Sol agita este océano y lo hace visible con su presencia, merced á esta misteriosa agitación, cuyo fenómeno constituye el sistema de las ondulaciones. En este océano, en el que, como en todo, penetra el espíritu de Dios, existe un fluido, que es mil millones de veces más sutil que el aire, flotando en los astros. ¿Y quién puede dudar que este fluido es el éter, tesoro de todos los colores, de todos los sabores, desarrollando todos los perfumes en nuestro globo? ¿No podríamos llamarle el alma del mundo? Indudablemente: este fluido no es posible que pueda cogerse, ni pesarse, ni analizarse, como el alma humana tampoco puede dar con ella el escalpelo, por más que existe. Este fluido, sin embargo, si se le agita puede hacerse visible. Su reposo constituye la noche, y su movimiento, la luz. También hasta cierto punto el alma humana se hace visible, pues la inteligencia, con sus grandiosas manifestaciones, es el movimiento del alma, cuyo reposo aún no es oscuridad, pues cuando dormimos, solemos soñar, como los ángeles sueñan con Dios en el Cielo.

El Sol con su presencia, hace vibrar en la tierra las moléculas del éter, el movimiento se comunica en ocho minutos del Sol á la tierra, debido á vibraciones constantes y repetidas. ¿Qué grandioso es el fenómeno de las ondulaciones! ¿Se parecen á las del agua, cuando se arroja á ella una piedra, muchas veces con el pensamiento fijo en un deseo que nos preocupa, haciéndonos delirar con la esperanza de poder realizarlo, por más que apenas nos fijamos en el agua que se revuelve con la piedra, como no podemos fijarnos en las misteriosas contenciones del alma. La luz no consiste más que en el movimiento ondulatorio del éter, el cual se debe á la presencia del Sol. Del mismo modo la vision, se debe á la presencia del alma, la cual sino hallase instrumento á quien comunicar la luz, no por eso dejaría de manifestarse, buscando en otros órganos fuerza y poder bastantes, para realizar todo lo que de grande y sublime hay en sus atributos.

¿Qué hace el que está privado de la inteligencia, por empeñarse en vivir bajo el poder del organismo? vivir sin ver nada más que la oscuridad de su embrutecimiento. Para este infeliz todo es oscuridad; es de noche siempre; pudiendo exclamar con el poeta:

Era di notee é non ei si videa,

Per que il Sol era andalto in occidente

En non ei si videa, niente, niente.

¿Puede el alma, empero, dejar de estar siempre dispuesta á iluminarnos, si la buscamos? seguramente que siempre nos está esperando.

La noche, en realidad, no existe, porque la luz durante ella tiene tendido su manto sobre la tierra, existe alrededor nuestro, como durante el día. ¿Y por qué no está visible? Porque no está agitada. La luz, es el símil del alma: ella al ser agitada por el deseo, responde inmediatamente y nos conduce á la realización del bien, porque al fin, es una emanación de Dios, y en ella está el símil de toda luz. Cuando Dios dijo: «Hágase la luz!» la luz se hizo, en efecto; pero cuando mandó que se hiciera, fué porque esperaba la repercusión del éter universal, por la presencia del Sol; y la luz quedó hecha: *Est facta est lux*. Y así quedó hecha la vision, con su portentosa cámara oscura; con los dos conductores que van de cada una de las retinas del cerebro, cuyos ligeros nervicillos conducen hasta él las más hermosas imágenes, así como ella le envía al ojo maravillosas refracciones, que revelan mundos de inteligencias. Y así quedó hecha la refracción, la reflexión, la polarización, etc., cuyos fenómenos nos enseña la óptica, con sus prodigios y encantos.

No hay oculista capaz de concebir la vision humana, en todas sus repercusiones de adentro afuera, y vice-versa; es decir, centrífuga y centripedamente.

Comparemos la fisiología del ojo humano, con la

del buitre por ejemplo. ¿Quién concibe su vision telescópica, cuando descubre su presa de lo alto del Cielo, dirigiéndose á ella á la tierra, ántes que él mismo pueda representársela como un punto en el espacio? ¿Qué fenómeno es causa de que la paloma por medio de indescifrables percepciones vaya á su país natal, teniendo que atravesar el espacio de centenares de leguas que nunca ha recorrido? ¡Ah! el estudio de los ojos en diferentes animales, es un estudio grandioso, pues no todos ven unas mismas cosas. Un insecto arador mira diversos espectáculos que un elefante, una mosca y un águila. Los espectáculos son preparados expresamente para los ojos de los insectos, colores que sólo pueden ver ellos, y sonidos que sólo ellos pueden oír. Si ellos pudiesen hablar, unos dirían que veían mantos de diamantes; otros matices del iris; así como algunos despiden chispas de fuego que voltean despidiendo ligeras llamas, ellos tienen el privilegio de ver cuadros que no es dado ver á los hombres, con una riqueza asombrosa de grupos, y revelando su alegría con zumbidos que parecen ecos, paseándose bajo los follages, cuya sombra nos convida á la meditación y al descanso. El hombre, empero, por el estudio de la naturaleza, comprende como la hoja ostenta en sí sus sedosas y aterciopeladas telas. ¡Qué simetría en las mallas de las hojas de la salvia! ¡Qué onduladas y sembradas de copos y nudos de cristal! Mirad también el pavimento sedoso y bordado de plata de las hojas de la mercurial, y vereis como sus bordes están adornados de una franja de lindísimas perlas esféricas y limpias! Cuántas damas quisieran sus pendientes racionales, para ornar su frente, como ellos circulan cual una guirnalda deslumbradora, la privilegiada planta!

Verdaderamente que los seres humanos estamos ciegos, por más que tenemos ojos y á veces demasiados vivos y ofensivos, cuando no sabemos apreciar los campos, las praderas y las habitaciones que la naturaleza prepara á débiles insectos, cuyos ojos las ven, gozándose de este modo, con emociones que ningún sabio ha sabido explicarnos aún.

¿Por qué la mariposa es símbolo de pureza y de inocencia, y tiene un organismo tan delicado? Nadie nos lo ha dicho todavía; ni ningún oculista, á no ser que yo lo ignore, ha buscado alguna lección para su ciencia, en los cuatro mil seiscientos cincuenta ojos, que adornan su cabeza.

Yo no comprendo un prodigio más admirable que el poder percibir separadamente las imágenes que vienen á formarse en ellos, multiplicando la naturaleza delante de sí. ¿Qué hombre vé cómo ella cada mañana elevarse del horizonte un prodigioso número de soles, precedidos de otras tantas auroras! De modo que para ella estará el día poblado de tantos astros deslumbradores, como los que aparecen de noche en la inmensidad del firmamento. ¿Y tendrá ella noche? Para ellos no existe, porque treinta y cinco mil lunas se elevarán reunidas sobre su cabeza y surcarán sin cielo, cuyas estrellas se multiplicarán á millares, de tal modo, que no hay imaginación que lo pueda concebir.

Medite el hombre en estos prodigios, y se sentirá empujado, si no trata de solicitar el imperio de su alma, para poder ver con el poderoso influjo de su cálculo infinito, lo que no ve con los ojos. Mas el hombre, prendido á ídolos de barro, dominado por sus órganos, degradado por sus vicios, nada vé, nada oye, nada siente, más que el ruido del turbulento oleaje de la envidia, soberbio y altanero, sin poder realizar un ideal cualquiera, porque sería enteramente sometido á la férrea coyunda de la barbarie. ¿Y qué diríamos de aquella vana de la costa de oro, cuyo pez tiene dos ojos, uno colocado en el lomo y otro debajo del vientre, por lo cual puede contemplar del mismo modo los juegos de los peces, en los abismos profundos del mar, como la pesca y astucia de las aves que surcan la argentada superficie de las aguas? Este fenómeno es casi común á todos los peces de nuestros lagos y rios, siendo natural que vean dos objetos á la vez, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, debido á la separación de sus nervios ópticos, que conducen las diferentes imágenes al cerebro, qué diremos también del ojo telescópico del águila, el que hundido en su órbita como si fuera un tubo, tiende su mirada por toda la extensión celeste, y descubre sin duda los satélites de Júpiter y las siete lunas brillantes de Saturno, que nosotros hemos ignorado por mucho tiempo? Llenos de asombro, sólo podemos enmudecer. Nosotros tenemos la luna á la vista, pero su luz no nos hace efecto; y el que se permite exclamar arrobado: «¡Qué bella!» fácil es que pise por loco. Más el águila la mira y quizás le parece una isla aérea, suspendida en el espacio con sus montañas, volcanes y mares, pudiendo abarcar con su mirada penetrante el sistema entero del mundo, contemplando como nos arrastramos por la superficie de este globo, destruyéndonos por disputarnos su posesión, sin ser libres como ella, que es reina del aire, campeando majestuosamente en el cielo, teniendo ante sí todas sus maravillas patentes, mientras nosotros lo poco que podemos ver, nos fastidia.

Nosotros disponemos de una vision que no nos sirve muchas veces para nada, porque no tenemos pasión por lo bello, por lo mismo que nos consideramos muy *lúceos*, siendo por nuestras pasiones, unos *topos*.

¡A tal extremo nos trajo el torpe *materialismo*, y concluirá por hacernos iguales á los reptiles, á los cuales acaso lleguemos por moda á imitar! El caballo, por ejemplo, está sometido á nuestro peso, pero con dos microscópicos se modifica su vista, y los objetos que se pintan en su retina son inmensos: el niño que fiado en su docilidad le guía, se le aparece como un coloso. De este fenómeno, pueden hacerse deducciones útiles para modificar nuestra vision, siguiendo la teoría de las gradaciones ópticas.

Pero como el estudio de la vision, es para los sensualistas organismo puro, no hay quien les separe de la *sensacion* y siempre la *sensacion*, sin saber que muchas veces no se discierne y elije por la vista, que es lo que le sucede al perro, que conoce por el olfato á su amo.

El hombre no es por el fenómeno esencial del organismo que dirige su mirada al Cielo y abraza la naturaleza entera. Si él tan solamente puede explicar la magnificencia de sus espectáculos, es porque tiene una condicion inteligente, por más que pocos hacen caso de ella. En vez de invocar á Dios en sus aficciones, invoca á Satanás: su soberbia le ciega, y vive enteramente sujeto á su organismo, sin importarse para nada de su alma, que le espera, le busca y le solicita; pero que en vano es que se muestre tan dócil: el que niega que no existe, para nada la necesita. Para él la bóveda azulada, las alfombras de flores, son pura ilusion de imaginaciones extraviadas, y su pensamiento no las contempla, su inteligencia no goza de ellas, y su vision es un oscuro antro de miseria, en el cual solo se pinta el horror de la ignorancia. Pero, dejemos para otro artículo las deducciones de este estado de degradacion moral.

Dispénsenos nuestro queridísimo colega, que hayamos descendido á estas particularidades, que acaso no sean pertinentes, dado el criterio *positivista* puro; pero siendo tan grande el hombre por la *vision*, seámos siquiera permitido como creyentes, desearle auxilio poderoso cuando lo necesite, y que para ello haya médicos tan entusiastas de la ciencia, como el delicado médico gaditano, Dr. D. Cayetano del Toro.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

Madrid: Marzo 1878.

NOTICIAS.

Enviamos nuestra más cordial enhorabuena á los dignos miembros de este Instituto D. Vicente Rubio y Diaz, Don Javier Oferrall, D. Salvador Arpa y Lopez, D. Alfonso Moreno Espinosa, D. Romualdo Alvarez Espino, D. Juan B. Chape y D. José Alcolea, por los premios que con notoria justicia les han sido adjudicados por el Consejo de Instruccion pública.

El Sr. D. Federico de Sawa, Gobernador Civil de la provincia, ha tenido la bondad de remitirnos una circular en la cual encarece la necesidad de fundar en esta ciudad, una caja de ahorros y Monte de Piedad, que ofrezca al desvalido un lugar seguro donde, al par que se le garantiza el resguardo y aumento del capital que haya ganado, se le ofrezca el recurso de poder obtener sin agoviadores réditos, una suma [dada en sus apuros. Encontrando muy útil y benéfico el pensamiento le apoyamos sin reserva alguna, y si bien nuestro periódico por su forma especial no puede consagrarse á sucesos de actualidad, si nuestro digno é ilustrado gobernador cree que en algo puede serle útil para dar á conocer tan valioso pensamiento, le tiene completamente á su disposicion.

La sociedad de cuartetos ha dado el último de la temporada en Sta. Cecilia con el mismo notable éxito de todos, habiendo quedado el público satisfecho del relevante mérito de los artistas, que con tanto acierto interpretan los mejores trozos de la escogida música clásica.

En el Gran Teatro ha comenzado á trabajar la compañía dramática que dirige el Sr. Tamayo.

Hemos recibido el tomo de poesias que con el título *Recuerdos y Aspiraciones*, acaba de publicar el distinguido literato D. Antonio Ramos Carrion, el cual se vende en Madrid, en las principales librerías al precio de 16 rs.

Le agradecemos infinito.

En el bonito Circo-Romea ha comenzado á actuar una compañía compuesta de apreciables artistas gaditanos, que darán funciones por horas, como sucede en varios teatritos de Madrid. Creemos que esta innovacion ha de agradar al público.

El Lunes tuvo lugar la segunda funcion de la *Sociedad*

Dramática que, como saben nuestros lectores, está formada de distinguidos jóvenes de esta capital. Se puso en escena el precioso drama de Tamayo, *La bola de nieve*, y la linda pieza *El único ejemplar*, distinguiéndose en la ejecucion de sus respectivos papeles los señores Abarzuza (Don Luis, D. José y D. Antonio), Garcia Lalama y Garcia. Las actrices que les acompañaron, Sras. Cabello, Cruz y Alvarez, estuvieron muy acertadas.

Estos notables aficionados, cada dia se hacen admirar más por sus adelantos en el difícil arte escénico. Les felicitamos por el éxito de su última representacion, y no cesaremos de encarecerles rueguen á las señoritas gaditanas formen parte de esa distinguida sociedad artistica, para darle vida y encanto.

La concurrencia, si no tan numerosa como otras veces era, como siempre, la *high life* gaditana.

Algunas señoras profesoras de Sevilla han dirigido á las Cortes una exposicion, pidiendo que se encargue á las damas de reconocida ilustracion y mérito el cuidado de formar las Juntas de inspeccion de las escuelas de niñas, sin perjuicio de que el Gobierno nombre para dicho objeto cuando lo determine oportuno, un funcionario especial.

Creemos muy útil el proyecto, y esperamos sea atendida la peticion.

Agradecemos á los redactores de la *Crónica Ubetense*, que empezará á publicarse en Ubeda (Jaen), en el próximo Abril, el ofrecimiento que de su publicacion nos envian, y nos complace en extremo ver que el movimiento artistico con que España parece renacer á la vida, se marca tan ostensiblemente en esa, para nosotros querida provincia. Deseamos á la nueva publicacion todo género de prosperidades.

RECTIFICACION.

El nombre de la Sra. de Frowein, que figuraba en la *Limosna del CÁDIZ* del número anterior, no es *Teodora*, como digimos por error material de imprenta; sino *Teodosia*. Queda deshecha la equivocacion.

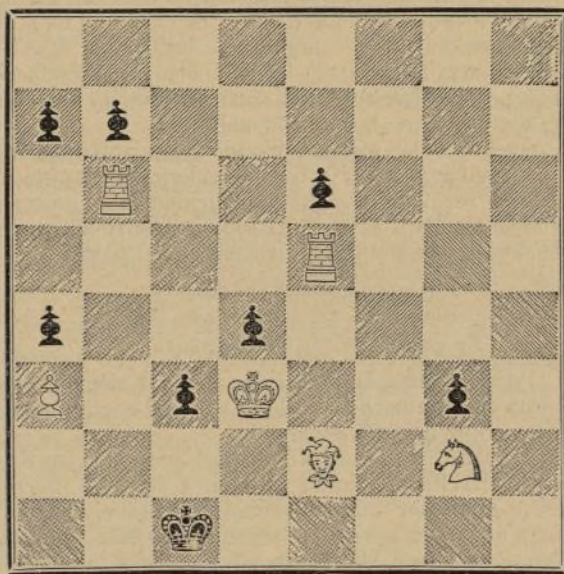
DONATIVOS para las limosnas que dará el CÁDIZ con motivo de las bodas regias.

	REALES.
Suma anterior.	900
D. J. A., (Barcelona).	60

PROBLEMA DE AJEDREZ.

NÚMERO 10.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en cinco jugadas.

OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

El Héroe de Santa Engracia, poema épico.
Guirnalda de Pensamientos, poesias.
Recuerdos de un ángel, elegias.
Dramas íntimos, episodio en verso con la biografía de la autora.

NOVELAS.

Blanca. *El testamento de un filósofo*.
Cadenas del corazon. *El odio de una mujer*.
El capricho de un toró. *El secreto de un crimen*.
Sensitiva. *Las almas gemelas*.
La botella azul. *La flor del cementerio*.

EPISODIOS.

¡Dos minutos! *Una historia en el mar*.
Desde Cádiz á la Habana. *Fragmentos de un álbum*.

Habiendo pedido varios Sres. Suscritores [muchas de estas obras, y estando agotadas las ediciones de ellas, se vá á proceder á hacer una nueva, que las coleccionará en tres grandes tomos. Los Sres. que quieran ser suscritores, tendrán la bondad de avisarlo así, para que figuren sus nombres en la lista que irá al final del último tomo.

Cada uno de ellos costará 10 pesetas: los Sres. Suscritores sólo abonarán por los tres 25.

No se exigirá el importe de suscripcion hasta que empiece á repartirse el primer tomo.

Dirigirse á Patrocinio de Biedma, Herrador, 8, Cádiz.

ANUNCIOS.

OBRAS NUEVAS.

Pio IX y su sucesor, por Bonghi.

Es la obra moderna más importante sobre este asunto, que está llamando la atencion en Europa.

La Nueva discordia entre Italia y la Iglesia, por el P. Curci, ambas obras, traducidas del italiano por Don Hermenegildo Giner, se hallan de venta en las principales librerías de España: á 8 reales en Madrid y 10 en provincias.

Los pedidos, á D. Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería.

OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En Cádiz librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5: en Madrid en las principales librerías.

CUENTOS DE SALON.

Se ha publicado el tomo tercero de la nueva serie, con la segunda edicion de

LOS MÁRTIRES DEL AMOR.

POR

TEODORO GUERRERO.

Se vende á 5 rs. en la librería de Morillas. Están de venta las siguientes novelas de Guerrero, publicadas en la Primera serie: *Una perla en el fango*, un tomo. — *El Vello de oro y Fea y pobre*, un tomo. — *La manzana de la discordia y El Sueño de la felicidad*, un tomo. — *La nube negra*, un tomo. — *Madrid por dentro*, dos tomos. — *Anatomía del corazon*, dos tomos. — Tomando la coleccion, se dá en 32 rs. — En la segunda serie, *Las trece noches de Carmen*, 5 rs. — *Fábulas en accion*, 7 rs.

Se ha publicado la segunda edicion del libro satírico y humorístico de Guerrero, *LA LLAVE*, 10 rs.

Pedidos al Administrador de los *Cuentos de salon*, calle de Claudio Coello, 13, en Madrid, remitiendo el importe.

NUEVA EDICION DE EL QUIJOTE.

La correcta y esmerada edicion de

EL QUIJOTE

que ha hecho en Cádiz D. José Rodríguez y Rodríguez, bajo la direccion del Sr. D. Ramon Leon Mainez, puede adquirirse dirigiéndose al editor, tipografía La Mercantil, Sacramento 39, Cádiz, ó á las principales librerías de España y del extranjero.

La obra consta de 5 tomos: 4 contienen el texto puro y exacto de la magnífica produccion de Cervantes, y el otro tomo, de más de 400 páginas, ofrece la más completa

VIDA

de aquel insigne escritor que se ha publicado hasta ahora, original de D. Ramon Leon Mainez, director de la *Crónica de los Cervantistas*. Los cuatro tomos que contienen el texto de *El Quijote*, llevan muchas notas y comentarios del citado escritor.

Los cinco tomos cuestan 40 rs., teniendo derecho el suscriptor á que su nombre figure en la adicion á la lista que llevará el último tomo.

LOS DOCE ALFONSOS.

Romancero nacional

POR

D. Ramon Garcia Sanchez.

En prensa ya esta obra y no habiendo de tirar más que el número justo de ejemplares, las personas que quieran recibirla y figurar en la lista de suscritores que encabezan los nombres de SS. MM. pueden dirigirse á la administracion, Lobo, 12, pral. derecha.

La obra, elegantemente impresa, se publicará por cuadernos de 32 páginas y cada uno costará 2 rs. en toda España, no excediendo de 16 el número total de ellos.

CÁDIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL.
 DE D. JOSÉ RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ, editor,
 Sacramento 39 y Bules 8.